



Educación en el mundo: ¿qué tal si acabamos con la desigualdad?

Iván Parro

Plantearse una reflexión acerca de la educación significa pararse ante la realidad educativa del mundo, estudiarla, conocer que no es la más acertada y poder ofrecer alguna alternativa. Lo que yo quiero exponer aquí, a grandes rasgos, es el estado actual de la educación en el mundo y cómo desde un modelo del compromiso solidario podemos aportar ideas y actitudes que promuevan el fin de toda forma de desigualdad.

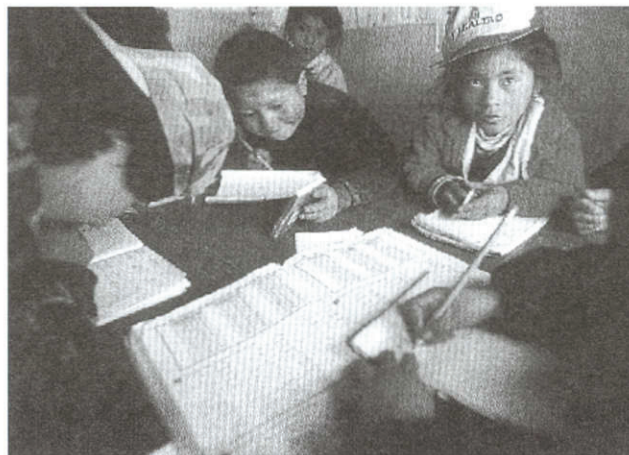
Los últimos informes educativos nos ofrecen un panorama cuando menos escandaloso. El *IV Informe Mundial sobre la Educación* de la UNESCO señala que 145 millones de niños de 6 a 11 años y 284 millones de 12 a 17 están sin escolarizar. Estos datos también aparecen en el informe de la UNICEF *Estado Mundial de la Infancia 1999*, en el que se afirma que 130 millones de niños no tienen acceso a la educación y 150 millones asisten a clase cinco cursos como máximo. En cuanto al analfabetismo, los dos estudios concuerdan en estipular que son

unos 885 millones (una de cada siete) el número de personas analfabetas en todo el mundo. Pero lo más significativo es que, a pesar de los datos, las previsiones son optimistas. Aseguran el descenso en el número de analfabetos en un 8 % (unos 15 millones menos que en 1995) para dentro de 5 años, gracias sobre todo a la progresiva puesta en marcha en los países en vías de desarrollo de proyectos de erradicación de la pobreza, como el que consiste en condonar parte de la deuda externa de

ese país si la invierte en educación y el acceso de aquellas poblaciones a derechos fundamentales que hasta hace poco tiempo eran exclusivos de ciertas clases o grupos sociales.

El modelo de educación para la paz y la solidaridad, que significa transmitir una jerarquía de valores diferente a la que está establecida, puede abrir brechas en los modelos interiorizados por los chavales, modelos que suelen ser producto exclusivo de la televisión. Ésta les ofrece "tipos ideales" a los que pueden aspirar, con los que pueden identificarse, pero nunca sentirse parte de ellos, nunca participar de su vida propia porque son ficticios. Entre los modelos ofrecidos destacan el individualismo y el consumismo como formas de vida, como los

medios válidos para alcanzar la felicidad, la verdadera satisfacción. Otros son la violencia, la resignación ante la pobreza o las desigualdades de género, que no son comprensibles por muchos chavales. ¿No tenemos entonces tanto la sociedad como los medios de comunicación el deber personal y moral de



El Correo de la Unesco

educar en valores como la tolerancia, el respeto, el diálogo, la solidaridad, la paz o la convivencia con quien es diferente a nosotros? Éstos seguramente provocarán un cambio de mentalidad y de actitud ante la vida y ante el mundo que pueda ofrecer nuevas soluciones para que todos los niños del mundo disfruten de una educación sana, que es lo mismo que ofrecerles una dignidad lejana de la TV, lejana de la desigualdad. ■